S.^o HILARIO, OBISPO DE POITIERS.

se celebrase una conferencia en presencia de diez obispos y de algunos empleados de su servidumbre. El santo doctor instó con tal energía á Auxencio, que éste se vió obligado á reconocer á Jesucristo verdadero Dios y consustancial al Padre. Sin embargo halló un medio de eludir la precision de esta confesion con un artificio de lenguaje en un escrito que entregó al emperador, concebido de tal suerte, que podia significar que Jesucristo era verdadero Dios, ó solamente que era verdadero Hijo. Ademas, no se hallaba la palabra sustancia, y contenia una adhesion expresa á las actas del concilio de Rimini. A pesar de eso, Valentimiano no vaciló en interpretar este escrito en un sentido ortodoxo; porque queria mas que todo poner fin á estas discusiones sin verse reducido á expulsar á Auxencio de su silla; y como San Hilario no cesaba de repetir, que la fé era vendida, le mandó salir de Milán. Obedeció el santo obispo; pero publicó un libro contra Auxencio para descubrir su maldad y precaver á los fieles de la seducion. En este escrito deplora la confianza que muchos cristianos ponian al parecer en la proteccion de los hombres y de las potestades de la tierra; hace notar los términos equívocos y la insuficiencia de la profesion de fé entregada por Auxencio al emperador; y concluye exhortando á los católicos á que no consideren la Iglesia circunscripta á las murallas de un edificio material, sino que celebren sus reuniones en los lugares mas retirados, antes que comunicar con los arrianos.

La publicacion de este escrito es el último acto conocido de la vida de San Hilario, que murió en Poitiers hácia el año 368. Ademas del tratado de la Trinidad, el de los Sinodos y las otras obras de que hemos hablado, nos quedan aún de este ilustre doctor, unos comentarios sobre San Mateo, y sobre gran parte de los Salmos. También habia compuesto otros comentarios sobre el libro de Job, sobre el Cántico de los Cánticos, y algunos otros escritos que se han perdido. Las obras de San Hilario se distinguen en general por el calor y energía del estilo, por la fuerza y elevacion de los pensamientos, por una dialéctica vigorosa, y por una elocuencia persuasiva.

San Eusebio de Vercelli, el compañero de sus últimos combates contra el arrianismo, no le sobrevivió mucho tiempo. Se cree que el año 370 terminó una carrera llena de azares apostólicos y de padecimientos por la fé. Habia traducido los comentarios de Eusebio de Cesarea sobre los Salmos, haciendo algunas supresiones; pero esta traduccion no ha llegado hasta nosotros. Solo nos queda de él la carta que escribió á su Iglesia desde el destierro, y otra dirigida á Gregorio, obispo de Elvira, felicitándole porque no se habia abatido con la caída de Usio y de los obispos que desbarataron en Rimini. Este Gregorio abrazó en lo sucesivo el cisma de los luciferianos.

Entre muchos discipulos formados en la escuela de San Hilario,

se distingue sobre todo el ilustre San Martín, que fué la gloria de la Iglesia galicana. Había nacido en la Pannonia, de padres idólatras; pero á la edad de diez años entró en la clase de catecúmeno. Mas adelante fué alistado contra su voluntad en el servicio militar; y la licencia de los campamentos no le quitó practicar todas las virtudes. Un día de invierno tan rigoroso que muchos se morían de frío, encontró á la puerta de Amiens á un pobre casi desnudo, que imploraba en vano la compasión de los pasajeros. Como Martín no llevaba mas que las armas y el uniforme, sacó la espada, cortó la mitad de la capa, y se la dió al mendigo para que se cubriera. Poco tiempo despues pidió el bautismo, y así que consiguió la licencia, fué á ponerse bajo la dirección del santo obispo de Poitiers, que le admitió casi al punto en su clero. Esto era por el año 356: San Martín tenía unos cuarenta de edad. En seguida pasó al lugar de su naturaleza para trabajar en la conversion de sus padres, y durante el destierro de San Hilario, quiso establecerse cerca de Milán para llevar la vida monástica; pero el obispo arriano Auxencio, despues de haberle perseguido mucho tiempo, le echó al cabo del país. Cuando supo San Martín el regreso de San Hilario, corrió presuroso á reunirse á él, y edificó en un lugar llamado Ligugé, á dos leguas de Poitiers, el primer monasterio cuya fundacion se conoce en las Galias. Allí se retiró con varios discípulos, y no tardó en hacerse célebre por ruidosos milagros. En particular se cita la resurreccion de dos muertos que recobraron la vida por sus oraciones. Al mismo tiempo trabajaba en convertir á los idólatras que eran todavía muchos en las aldeas, y continuó ejerciendo con infatigable celo este penoso apostolado aun despues de haber sido elevado á la silla de Tours algunos años mas adelante (1).

San Lidorio, obispo de esta ciudad, murió el año 371, y los fieles pensaron en San Martín para que le sucediera: para hacerle ir á Tours fingió uno de los ciudadanos que su muger estaba mala, y fué á suplicarle postrado á sus piés que acudiese á curarla. Los habitantes salieron en tropel á recibirle y le condujeron á la iglesia, donde fué elegido por aclamacion; á pesar de la oposicion de un corto número de personas que juzgaban de él nada mas que por su exterior desaliado y por la pobreza de sus vestidos. Elevado San Martín al episcopado, no quiso renunciar los hábitos y los ejercicios de la vida monástica. Mandó construir una celda cerca de la iglesia, y despues, para estar todavía menos distraido, escogió un retiro en un desierto entre el Loira y una montaña escarpada, á una media legua de la ciudad. Allí hizo edificar una celda de madera, y en poco tiempo fueron á ponerse bajo su dirección hasta ochenta monges, todos los cuales tenían celdas separadas, y abiertas las mas

(1) Sulp. Sev. *Vit. Sancti Martini*.

en la montaña. Reuníanse para la oracion, y comían juntos á la caída de la tarde. No poseían nada propio, y no se les permitía comprar ni vender. No ejercían otro oficio que el de copiar libros, y aun en eso no se ocupaban sino los mas jóvenes: los de mas edad se dedicaban únicamente á la oracion. Tales fueron los principios del célebre monasterio conocido con el nombre de Marmoulieu.

San Martín á poco tiempo de su ordenacion, se vió precisado á marchar á la corte de Valentiniano por algunos negocios: el emperador, prevenido contra él por la emperatriz Justina que era arriana, determinó negarle la entrada en su palacio. Habiéndose presentado varias veces inútilmente Martín, pasó seis dias en el ayuno y la oracion: al sétimo se le apareció un ángel y le dijo que se presentase en palacio con seguridad. Fué en efecto el obispo y halló libre la entrada: penetró hasta donde estaba el emperador, el cual al verle manifestó su indignacion, y no se dignó de levantarse en obsequio de aquel. Mas no tardó en tenerlo que hacer por fuerza, porque su silla apareció cubierta de lamas. Mudado de repente Valentiniano con este milagro, corrió á abrazar á Martín, le concedió cuanto pedía, y le tuvo á su mesa todo el tiempo que permaneció en la corte.

San Martín recorrió varias veces su diócesis para combatir las supersticiones de la idolatria en los pueblos y en los campos; y hasta hizo excursiones apostólicas á las otras provincias de las Galias: en todas partes sus discursos y milagros produjeron muchas conversiones. Yendo un día á Chartres, pasó por un pueblo todo pagano, y mientras estaba predicando el Evangelio á los habitantes, fué una muger á pedirle, toda deshecha en lágrimas, que resucitara á su hijo que acababa de espirar. Cogió el obispo el cadáver del niño entre sus brazos, y despues de una corta oracion se le restituyó vivo á su madre. Una multitud de idólatras le suplicaron al punto que los inscribiera en el número de los cristianos. Este es el tercer muerto que San Martín resucitó.

Trabajaba con sus propias manos, y á veces con riesgo de su vida, en demoler los templos y en cortar los árboles que la supersticion habia consagrado. Un día que queria derribar un pino añoso contiguo á un templo, los idólatras se opusieron, como no consistiese en ser atado en el parage donde debería caer el árbol. Aceptó la condicion, y cuando el árbol comenzaba á caer hacia él, hizo la señal de la cruz y le derribó al otro lado con gran asombro de los idólatras que pidieron á toda prisa el bautismo. Muchas veces fué acometido por paganos furiosos que trataron de quitarle la vida; pero se libró milagrosamente de todos los peligros á que su celo le exponía. Los pormenores de estos milagros se hallan en la historia de su vida escrita por Sulpicio Severo, su discípulo.

Otros misioneros ejercían tambien su celo en extirpar la idolatria en las Galias. San Marcelino predicó la fé con el mayor fruto en

las provincias vecinas á los Alpes, y particularmente en Embrun, cuyo primer obispo fué. Dos discípulos suyos, San Donnino y San Vicente, produjeron numerosas conversiones en Digne, donde se erigió asimismo una silla episcopal que ocuparon uno tras de otro. Se fija igualmente hacia esta época la fundacion de las Iglesias de Angers, de Rennes, de Bayeux y otras muchas donde antes no se hallaban obispos; lo que induce á creer naturalmente que el número de los cristianos se aumentó entonces de una manera considerable.

Mientras que la fe se propagaba así en el Occidente entre los paganos, varios santos obispos e ilustres doctores trabajaban en defensa de los embates de los sectarios en el Oriente. Entre ellos se distinguen sobre todo San Basilio y San Gregorio Nazianceno, que por sus virtudes, por su ingenio y sus obras alcanzaron una reputacion tan brillante. Basilio nació el año 329 en Cesarea, metrópoli de la Capadocia; su madre fué Santa Emmelia, y su abuela Santa Macrina, á cuyo lado se educó. Dos hermanos suyos, Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste, se cuentan en el número de los santos, como tambien su hermana Macrina. Después de haber recibido en el seno de su familia los primeros elementos de las letras humanas, juntamente con altas lecciones de piedad, frecuentó las escuelas de Cesarea, luego pasó á oír las explicaciones del sofista Libanio en Constantinopla, y finalmente, fué á Atenas: allí le recibió San Gregorio Nazianceno, con quien estaba unido ya con una intimidad que no se entibió jamas. Gregorio habia nacido el año 328, en un pueblecillo de la misma provincia, y habia estudiado sucesivamente en Cesarea de Capadocia, en Cesarea de Palestina y en Alejandría. Mientras residieron en Atenas, la union de los dos amigos se fortificó con la conformidad de las mismas inclinaciones y la práctica de las mismas virtudes. Huyendo de las lecturas de sus compañeros, y sin frecuentar otros lugares que la iglesia cristiana y las escuelas, se aplicaron de concierto al estudio profundo de las letras santas; al mismo tiempo que se perfeccionaban en las ciencias humanas. Contaban entre sus condiscípulos al príncipe Juliano, que profesaba todavía exteriormente el cristianismo; pero que por su inconstancia y falsedad, por su porte extravagante y desordenado, inspiraba desde entonces á Gregorio siniestros presentimientos. «¿Qué monstruo cria el imperio romano! decía á Basilio, cuando veia pasar á Juliano; ¡quiera Dios que yo sea falso profeta!» De vuelta á Cesarea, después que concluyó sus estudios, abrazó Basilio la carrera del foro; pero sus propias reflexiones y las de su hermana mayor Macrina le disgustaron muy pronto de todas las ocupaciones mundanas; pidió el bautismo el año de 357, y no pensó en otra cosa que en vivir según las máximas mas perfectas del Evangelio. Para tener una guta en la ejecución de este designio, visitó á los santos solitarios de Egipto, de Palestina y de Siria; y después,

lleno su espíritu de estos ejemplos, se retiró á la provincia de Ponto, cerca del río Iris y de la ciudad de Hóra, donde su hermana Macrina habia fundado hacia algun tiempo un monasterio de doncellas que gobernaba con su madre. Basilio llevaba la esperanza de que no tardaria su amigo Gregorio en seguirle á aquella soledad. En efecto, éste, luego que recibió el bautismo á su regreso de Atenas, renunció por su parte á las esperanzas del mundo para seguir únicamente la senda de la perfeccion cristiana. La meditacion de los libros santos, la oracion y el trabajo ocupaban los dias y una parte de las noches. Pero los asuntos domésticos y los cuidados que la edad avanzada de sus padres le imponian, le obligaron á diferir la época de su retiro.

Basilio abrazó con ardor todas las prácticas de la vida monástica: no tenia otro lecho que la tierra, ni mas vestido que una túnica y una capa, ni tomaba otro alimento que pan, agua, sal y algunas legumbres. De noche llevaba un cilicio; no se bañaba jamas, y no encendia lumbre. Con estas austeridades pronto se alteró su constitucion naturalmente delicada, y desde entonces quedó sujeto á tan graves y tan frecuentes achaques, que su vida no fué en realidad mas que una larga serie de padecimientos. Escribió varias cartas á San Gregorio, que al cabo fué á reunirse con él. Ya se habian puesto bajo su direccion cierto número de discípulos, movidos de sus ejemplos. Todos juntos se dedicaron con una emulacion santa á la oracion que hacian en comunidad, á las faenas corporales, disputándose las mas penosas, al estudio de los libros santos y de los antiguos intérpretes, sobre todo de Orígenes, de que el santo formó un extracto con el nombre de Filocalia. El brillo de las virtudes de San Basilio y la caridad que ostentó en una época de hambre, vendiendo todos sus bienes para repartirlos á los pobres, atrajeron muy pronto la atencion de todo el país hacia aquella soledad, y se agregaron multitud de nuevos discípulos á los primeros. Para recibirlos, fundó San Basilio un monasterio algo distante del de su hermana, y luego que los hubo fortalecido en la práctica de una vida regular, comenzó, según refiere Rufino, á recorrer las ciudades y pueblos del Ponto, exhortando á los cristianos á dejarlo todo por Dios, á edificar monasterios, y á santificar aquellas piosas moradas con una vida toda de penitencia y de caridad. Así mudó el aspecto de toda la provincia. Sozomeno y San Gregorio Niseno confirman la relacion de Rufino: el primero habla efectivamente del gran número de monasterios que fundó San Basilio en el Ponto, y el segundo de la extraordinaria concurrencia de los pueblos que acudian á él de todas partes (1).

San Basilio compuso para sus discípulos una coleccion de máximas sacadas de la Santa Escritura, presentándoles circunstancia-

(1) Ruf. lib. II.—Sozom. lib. VI.—Greg. Nyss. in Basil.

damente lo que debían hacer ó evitar para agradar á Dios. Después escribió sus *Constituciones monásticas* y sus *reglas* divididas en dos partes: la una contiene cincuenta y cinco artículos, en donde se explican á fondo los principios generales de la vida espiritual; la otra que entra en los pormenores de las acciones, contiene trescientos trece artículos; pero mucho mas cortos que los primeros. Rufino de Aquileya tradujo en latin las reglas de San Basilio, que el cardenal Bessarion compendió y redijo despues á veintitres artículos. Algunos autores, segun el testimonio de Sozomeno, atribuyen dichas reglas á Eustatio, de Sebaste, que habia fundado ya un poco antes algunos monasterios en las provincias inmediatas. Pero el testimonio de Rufino, el de Focio y la autoridad del quinto concilio general, no dejan duda de que realmente son de San Basilio. Así echó los primeros cimientos de la órden religiosa que lleva su nombre, y que tomó en lo sucesivo tan prodigioso incremento. Tambien escribió para instruccion de sus discípulos algunas otras obras, que con las referidas antes, se designan bajo el título general de *Ascéticas*. San Pedro, despues obispo de Sebaste, y el mas jóven de sus hermanos, fué á buscarle á la soledad, y gobernó despues de él el monasterio.

San Gregorio tuvo que separarse pronto de su amigo, porque le llamó su padre, obispo de Nazianzo, que necesitaba de su ayuda, y pensaba en elevarle al sacerdocio. Como temia sobremedra esta distincion, su padre resolvió no advertirselo, y ordenarle á pesar de su resistencia en un dia festivo durante la celebracion de los santos misterios. Al punto le encomendó el cargo de la predicacion y la instruccion de los catecúmenos. Pero ofendido de aquella especie de violencia en que habia tomado parte el pueblo, Gregorio se volvió á su retiro con San Basilio á principios del año 362. Sin embargo, regresó á Nazianzo para la Pascua; y habiendo pronunciado algunos discursos delante del pueblo, desvaneció la funesta impresion que su ausencia habia producido en el ánimo de algunos. Despues tuvo el consuelo de reconciliar con su padre á los monges de su diócesis y á una parte de los católicos, que se habian separado de la comunión de aquel porque habia tenido la debilidad de suscribir la fórmula de Rímíni, aunque siempre hubiese sido adicto á la fé católica.

Tambien San Basilio volvió á Cesarea algunos meses despues de la ordenacion de Gregorio para asistir á Dianeo, obispo de dicha ciudad, en sus últimos momentos, y tuvo la misma suerte que su amigo. Eusebio, sucesor de Dianeo, conoció cuánto le importaba unir mas estrechamente á su Iglesia á un hombre de tantas luces y experiencia; pero que solo llevaba el título de lector en el clero. Elevó, pues, á Basilio al sacerdocio á pesar de resistirse el santo, que recibió á la sazón los mismos consuelos de Gregorio Nazianceno, que éste recibiera poco antes de su amigo. Inmediata-

mente comenzó Basilio el ejercicio de sus funciones, instruyendo al pueblo; y lo hizo con tanto lucimiento, que á pesar de su modestia la Iglesia de Cesarea le honraba lo mismo que al obispo. Sea que Eusebio lo llevase á despecho, ó sea por otra causa ignorada, no tardaron en desavenirse él y Basilio: los monges, así como la mayor parte del pueblo, se decidieron por el último, que teniendo un cisma se retiró de nuevo á la soledad del Ponto, á donde le acompañó San Gregorio Nazianceno. Pero salió de allí al cabo de tres años para ir á Cesarea en socorro de la fé amenazada con los atentados de Valente (1).

Este emperador, arrastrado al partido de los anomeos por las gestiones de su muger y por las intrigas de Eudoxio, de Constantinopla, comenzó á ejercer una persecucion violenta contra los católicos, envolviendo tambien en ella á los semi-arrianos. Muchos de éstos, renidos en concilio en Lampsaco por la primavera del año 365, habian desechado la fórmula de Rímíni, confirmado la de Antioquia ó de Seleucia, y decretado la reposicion de los obispos destituidos en Constantinopla por los anomeos. En seguida enviaron diputadas á Valente para informarle de estas decisiones; pero los exhortó á que se reunieran al partido de Eudoxio, y como se resistiesen, los desterró. La rebelion de Procopio que vistió la púrpura á fines de este año, puso tregua á estas disputas, y contuvo por algunos meses la mala disposicion de Valente. En cuanto se terminó la guerra civil, mandó comparecer ante una junta de obispos anomeos á Eleusto, de Cizico, uno de los gefes del partido semi-arriano, y con amenazas le forzó á comunicar con ellos. Pero apenas volvió este obispo á su diócesis, reparó aquella debilidad con señales patentes de arrepentimiento. Valente persiguió tambien en Constantinopla á todos los que no participaban de sus errores: echó de la ciudad á los gefes de los católicos y de los semi-arrianos: prohibió sus reuniones, é hizo cerrar al mismo tiempo las iglesias de los novacianos que profesaban la consustancialidad del Verbo.

El resultado de estas violencias fué que un gran número de obispos semi-arrianos se incorporaron á la Iglesia católica. Poco tiempo despues del concilio de Lampsaco, celebraron otros varios en diferentes lugares del Asia menor, y en ellos convinieron recurrir al emperador Valentiniano y al Papa Liberio. Para este efecto diputaron á Eustatio, de Sebaste, Silvano, de Tarso, y Teófilo, obispo de Castabala, con órden de abrazar la comunión y la fé romana sin suscitar ninguna disputa sobre la palabra consustancial. No hallando ya en Italia estos diputadas al emperador Valentiniano, se dirigieron solamente al Papa, que manifestó al principio algunas dudas acerca de su ortodoxia; pero como protestaran que hacia mucho tiempo que habian condenado las impiedades de Arrio, y confesado

(1) Sozom. lib. VI.—Greg. Naz. Orat. XX.

al Hijo semejante al Padre en todas cosas, los admitió en su comunión despues de exigirles una profesion de fé por escrito, en que adoptaron sin restriccion el simbolo de Nicea. Añadiéron al fin estas palabras, que eran un reconocimiento formal de la autoridad del supremo Pontífice sobre todas las Iglesias: "Si alguno quiere intentar una acusacion contra nosotros ó contra los que nos han enviado, que se presente con letras de vuestra Santidad ante los obispos ortodoxos, para someterse como nosotros al fallo de los que vuestra Santidad hubiere designado." El Papa les entregó en seguida una carta dirigida determinadamente á sesenta y cuatro obispos semi-arrrianos, y en general á todos los obispos ortodoxos del Oriente, manifestándoles la alegría que la pureza de su fé y su union con los occidentales le causaba: al mismo tiempo les participaba que casi todos los que habian suscrito por sorpresa ó por violencia la fórmula de Rimini, la han condenado luego solemnemente, y han vuelto á entrar en la comunión de la Iglesia romana (1).

Este fué el último acto importante del pontificado de Liberio, que murió el 24 de Setiembre del año 366, despues de haber ocupado catorce la Santa Sede, dejando una memoria venerada, porque la debilidad pasajera y ademas muy dudosa que se le imputa, no pudo empañar la gloria del celo y de la valentia que ostentó luego en defensa de la fé. En su lugar fué elegido Dámaso, español de nacimiento, y diácono de la Iglesia romana: tenia sesenta años, y era recomendable por sus luces, sus virtudes y su adhesión á la santa doctrina. Otro diácono por nombre Ursino, envidioso de esta preferencia, excitó una intriga contra él; y sostenido por algunos facciosos logró ordenarse obispo de Roma contra todas las reglas. Esta usurpacion dió lugar á riñas sangrientas, en que perdieron la vida ciento treinta y siete personas, y fueron heridas un gran número. Los partidarios de Dámaso, que eran los mas y de lo mejor de la ciudad, triunfaron al fin, y Ursino fué desterrado de Roma. Al año siguiente fué llamado de su destierro; pero habiendo excitado nuevos disturbios con sus intrigas, el emperador se vió obligado á desterrarle á las Galias. El prefecto de Roma mandó quitar á los cismáticos la Iglesia de que se habian apoderado; y mas adelante se les prohibió por un rescripto imperial, que se reunieran en la ciudad ni en sus inmediaciones. Con todo, no se extinguió el cisma, y luego se verá cómo la faccion de Ursino persiguió al Papa Dámaso con las mas odiosas calumnias (2).

(1) Sacr. lib. IV.—Scotom. lib. VI.

(2) Al referir Ammiano Marcelino la historia de este cisma (lib. XXVII) añade que el pontificado proporciona á los que le obtienen, un empleo seguro donde se enriquecen con las ofrendas de las damas romanas. "No salen, dice, mas que en trenes magníficos: se presentan soberbiamente vestidos, y la delicadeza de su mesa competiria con las de los reyes." Fácilmente se conoce la malignidad del escritor pagano en estas expresiones exageradas;

Los diputados orientales, provistos de las cartas de comunión del Papa Liberio, pasaron á Sicilia, á Liria y á otras varias provincias del Occidente, donde recibieron cartas semejantes. De vuelta á Oriente las entregaron á un concilio que se congregó en Tiana, y que las envió á todas las Iglesias, haciendo notar que el número de los obispos que las habian escrito, era mucho mas considerable que los de Rimini. Exhortábalos, pues, el concilio á entrar en su comunión, y al propio convidaba á todos los obispos de Oriente á reunirse en Tarso de Cilicia antes de terminar la primavera, para dar fin á todas las divisiones, confirmando solemnemente la fé de Nicea; pero treinta y cuatro obispos del Asia, reunidos en la Caria, persistieron en desechar la palabra consustancial, ateniéndose á la fórmula de Antioquia y de Seleucia, que se atribuía al mártir San Luciano. Por otra parte, Valente, previendo que la congregacion del concilio convocado en Tarso daría el último golpe al arrrianismo, escribió á los obispos cartas amenazadoras con prohibicion de congregarse, y ordenó expulsar de sus Iglesias á los que habian sido desterrados ó depuestos en el reinado de Constancio, y habian recobrado sus sillas bajo el de Juliano.

En virtud de esta órden, el prefecto de Egipto intentó quitar las iglesias á San Atanasio y echarle de Alejandría. Pero los católicos, despues de inútiles reclamaciones, se reunieron tumultuariamente en gran número, y se agitaron en términos que era inminente una sedicion. Así el prefecto se vió obligado á disimular por algunos dias, y luego que se sosegaron los ánimos, penetró de noche en la iglesia donde residia el santo patriarca, é hizo buscarle por todas partes para echarle fuera antes que se pudiera saber. San Atanasio habia salido aquella misma noche de Alejandría, y se refirió al panteon de sus padres: allí permaneció cuatro meses, al cabo de los cuales dió Valente órden de llamarle, fuese para aplacar al pueblo de Alejandría, fuese por no irritar al emperador Valentiniano y sublevar todo el Occidente. Desde entonces dejó de ser molestado el santo patriarca, y vivió tranquilamente en su Iglesia hasta el fin de sus dias.

Valente se disponia á la sazón á marchar contra los godos que asolaban la Tracia, y antes de exponerse á los riesgos de la guerra, pidió el bautismo que recibió de manos de Eudoxio, obispo de Constantinopla. Este herege le hizo jurar al tiempo de la ceremonia, que permaneceria fielmente adicto á su doctrina, y que perseguiria á todos los de opinion contraria. De allí á poco tiempo, hallándo-

pero reducidas á su justo valor, prueban que ya entonces los Papas estaban rodeados de cierto brillo exterior que podia tentar la ambicion. Ademas se cita este dicho de Pretextato, prefecto de Roma, al Papa Dámaso: "Cedeme vuestro puesto, é inmediatamente me haré cristiano." Por lo demas, aquel historiador en el mismo lugar da testimonio de la vida sencilla, modesta y frugal de los obispos de provincia.

(1) Hist. lib. XXVII.—Hist. lib. XXVII (1)

se en la Pannonia, el obispo de Mursa, arriano declarado, le pidió y alcanzó el perdón de Eunomio, condenado á destierro como cómplice en la conjuración de Procopio; y el emperador hasta manifestó deseos de ver al famoso sectario. Pero Eudoxio le disuadió, temeroso de que disminuyese su propio crédito, y mas aún por el ódio que habia concebido mucho tiempo antes contra Eunomio, porque éste despues de la muerte de Constancio, se habia declarado contra Eudoxio hasta el punto de haber ordenado á otro obispo de Constantinopla de acuerdo con Aecio (1).

Dos años duró la expedición contra los godos, y probablemente en este intervalo se celebró el concilio de Laodicea en Frigia, donde se promulgaron sesenta cánones de disciplina, célebres en la antigüedad. Se prohibió elevar al sacerdocio á los recién bautizados, dar órdenes en presencia de los catecúmenos, dejar al pueblo la elección de los obispos, y establecerlos en los pueblos y aldeas. Se hicieron diversos reglamentos tocante á las ceremonias de la Iglesia y las funciones de los diferentes ministros. Así se prohibe á los subdiáconos y á los clérigos inferiores tocar los vasos sagrados, llevar estola, y hasta entrar en la diaconía. No se permite mas que á los presbíteros la entrada en el santuario para comulgar. Se veda á los obispos y á los sacerdotes celebrar el santo sacrificio en sus casas, y á los diaconos sentarse delante del presbítero sin su permiso. Otras disposiciones hay concernientes al oficio de los cantores, de los exorcistas, de los lectores y de los ostiarios. En las reuniones de la iglesia despues del sermón del obispo, se deberán rezar las oraciones de los catecúmenos, luego las de los penitentes con la imposición de las manos, y cuando hayan salido estos, las de los fieles, á las que seguirán el ósculo de paz, el sacrificio y la comunión. Por la cuaresma no se deberá celebrar el sacrificio, ni hacer la conmemoración de los mártires mas que el sábado y el domingo. Se prohibe á todos los clérigos prestar á usura, entrar en las tabernas y asistir á los bailes y espectáculos. Tambien se veda el baile á todos los fieles, las comilonas en las hosterías, y holgar el sábado á ejemplo de los judíos, ó asistir á reuniones ilícitas para tributar un culto secreto á los ángeles; lo que se refiere á ciertas sectas de gnósticos que adoraban á los ángeles con exclusion de Dios, mirándole como demasiado elevado para que pudiesen llegar hasta él los homenajes de los hombres. Queda prohibido que los fieles comuniquen con los hereges en la oración, ó que contraigan matrimonio con ellos. Seria demasiado prolijo citar todas las demas disposiciones de este concilio, cuyos cánones son sesenta. El último contiene un catálogo de los libros santos, tal como hoy le poseemos, salvo los libro de Judith, de Tobias, de la Sabiduría, del Eclesiástico, de los Macabeos y del Apocalipsis, cuya autenticidad miraban aún como dudosa algunas Iglesias particulares.

(1) Philostorg. lib. VIII.—Theod. lib. IV.

Valente, despues de haber conseguido muchos triunfos considerables, redujo á los godos á pedir la paz que les concedió el año 369. Al regresar á Constantinopla, y de paso por Tom, capital de la Escitia, sujeta á los romanos, quiso obligar al obispo San Bretannion á comunicar con los arrianos. Fué á la iglesia episcopal un día festivo para asistir á la celebración de los santos misterios con los sectarios que le acompañaban; pero el obispo, despues de protestar su inviolable adhesión á la fé de Nicea, salió de la iglesia para celebrar los divinos oficios en otra. Siguióle todo el pueblo, de modo que se quedó solo Valente con su escolta. Irritado de esta afrenta, mandó prender á Bretannion y le envió desterrado; mas como importaba á la quietud del imperio no dar ningun motivo de descontento á la nacion de los escitas, cuyo único obispo era Bretannion, no tardó el emperador en levantarle el destierro (1).

A principios del año 370, Valente partió para Antioquia á fin de vigilar mas de cerca las operaciones de la guerra contra los persas, que se habia encendido de nuevo tres años antes. Casi al punto de su partida ocurrió la muerte de Eudoxio, obispo de Constantinopla, y los arrianos nombraron al instante á Demófilo, de Berea, para que le sucediese. Atribuíase á éste el haber determinado la caída imputada al Papa Liberio; así es que su elección indignó tanto á una parte del pueblo, que en lugar de las aclamaciones ordinarias se oyeron gritos insultantes aun durante la ceremonia de la ordenación. Los católicos eligieron por obispo á Evagro, y le hicieron consagrar; pero apenas lo supo el emperador, le envió desterrado, y así murió de allí á poco tiempo. En esta ocasion los arrianos ejercieron todo género de violencias contra los católicos: á muchos los hicieron comparecer ante los tribunales, que los condenaron á prisión ó á crecidas multas; á otros los mataron con una brutalidad que indigna, y á varios les quitaron la vida. El mas célebre de estos mártires, cuya memoria celebra la Iglesia el 3 de Julio, es San Eulogio. Para solicitar la represión de estas violencias pasó una diputación de ochenta eclesiásticos á Nicomedia, donde se habia detenido el emperador. Pero en vez de administrarle justicia los hizo embarcar como para enviarlos desterrados, y dió órdenes secretas para que en alta mar se prendiese fuego al bajel que los conducía, y perecieran todos. Esta órden bárbara fué ejecutada por los marineros, que se salvaron en una lancha (2).

Prosiguiendo Valente su viage, pasó á Galacia, donde casi no hallaron resistencia alguna sus esmerzos en favor del arrianismo. Despues se dirigió á la Capadocia con la esperanza de que el metropolitano Eusebio, separado entonces de San Basilio, se dejaria seducir fácilmente. Pero á la vista de este peligro, San Gregorio

(1) Theodor. lib. IV.—Sozom. lib. VI.

(2) Theodor. lib. IV.—Soz. lib. IV.

Nazianceo empleó toda su influencia para hacer que cesara la división que turbaba la Iglesia de Cesarea. Logró desvanecer las prevenciones de Eusebio, y determinó á Basilio á abandonar la soledad para socorrer á los católicos. Valente y los obispos arrianos de su comitiva encontraron al santo presbítero en Cesarea, y no omitieron ningún medio para atraerle: halagos, promesas, amenazas todo fué inútil. Desplegando tanto valor como elocuencia para defender la fé, exhortó con autoridad á Valente y á los que le acompañaban, á reconocer sus errores y á suspender la persecucion. Estas enérgicas exhortaciones determinaron al emperador á retirarse, sin llevar mas adelante sus atentados contra una Iglesia donde los arrianos contaban con populosísimos partidarios (1).

Después de este brillante triunfo, San Basilio se aplicó cada vez mas á auxiliar al obispo Eusebio, y su union llegó á ser tan estrecha, que parecia borrada hasta la memoria de su desavenencia. Eusebio, ordenado apenas se bautizó, no tenia ni la instruccion, ni la experiencia necesarias para gobernarse en unos tiempos tan difíciles, y conoció la necesidad de recurrir á las luces del santo doctor. Hecho ya éste su consejero, no se separaba de él, y le sugería las órdenes que convenia dar, y luego las ejecutaba con modestia; de modo que sabia respetar la delicadeza del obispo, y aparecer siempre en una dependencia conveniente, aunque en realidad tenia la principal autoridad. La actividad de su celo bastaba para todo: hablaba á los magistrados, terminaba las disputas entre los fieles, cuidaba de los pobres, atendía á la hospitalidad, dirigía á las vírgenes y á los monges, y se encargaba tambien del ministerio de la predicacion. San Gregorio Nazianzeno, á quien debemos estos pormenores, añade que arreglaba asimismo el orden de las oraciones y de las ceremonias; lo que parece aludir á la liturgia que se ha atribuido siempre á San Basilio, y que las Iglesias orientales observan todavía con algunas modificaciones. La caridad del santo sacerdote brilló en todo su esplendor durante una hambre horrible que asoló las provincias del Asia menor el año 370. Los que tenian mantenimientos, se aprovechaban de la miseria universal para venderlos á un precio exorbitante. Pero las elocuentes exhortaciones de San Basilio movieron los corazones é hicieron abrir los graneros de los ricos: él mismo mandaba llevar á la plaza pública calderas llenas de carne y de legumbres, que repartía á los pobres con ayuda de sus amigos y sirvientes (2).

(1) Varios críticos hábiles ponen este acontecimiento antes de la guerra contra los godos, y su opinion tiene algun fundamento. Pero hay tanta incertidumbre y obscuridad en la cronología relativa á la historia de San Basilio, que hemos creído que debíamos, siguiendo á Fleury y al P. Pagi, referir este hecho á la época indicada por Sozomeno, porque es cierto que trascurrió poco tiempo entre el regreso de San Basilio y su elevacion al episcopado.

(2) Gregor. Nazianz. *Oraf.* XX.—Sozom. lib. IV.

Tales eran los servicios eminentes que San Basilio estaba haciendo á la Iglesia de Cesarea el mismo año en que murió Eusebio, después de un episcopado en que se señaló por su gloriosa resistencia á las persecuciones de Juliano y de Valente. La silla que con esta muerte quedaba vacante, fué el blanco de todas las ambiciones. Era una de las principales del Oriente, porque comprendia en los límites de su jurisdiccion mas de la mitad del Asia menor. Los obispos de toda la provincia, convocados por letras del clero metropolitano, concurrieron á Cesarea para proceder á la eleccion.

Evidentemente San Basilio era el mas digno de todos los votos; pero los magnates del pais, que habian experimentado mas de una vez su firmeza apostólica, procuraban desaharle. Tenian á su favor á los hereges y hasta cierto número de obispos. San Gregorio, el padre, que lo era de Nazianzo, ya que no podia concurrir á causa de estar enfermo, escribió enérgicamente en favor de San Basilio é instó á San Eusebio, de Samosata, á que pasara á Cesarea para apoyar la eleccion del santo doctor. Eusebio fué con efecto, y su presencia sirvió de mucho. Sin embargo, la intriga multiplicaba sus esfuerzos y se servía de todos los pretextos para excluir á San Basilio, á quien se echaba en cara hasta la debilidad de su complexion; sobre lo cual preguntaba el obispo de Nazianzo en una segunda carta que escribió acerca del mismo asunto, si la Iglesia de Cesarea necesitaba de un atleta y no de un obispo. Por fin, faltaba un voto para que la eleccion de Basilio fuese canónica. Con esta noticia el obispo de Nazianzo, casi en el último trance, salta de la cama, hace que le lleven á Cesarea, y va con riesgo de su vida á completar el número de votos requerido. Este acto de celo le restituyó la salud como por milagro.

Consagrado obispo de Cesarea San Basilio, trabajó por ganarse con su dulzura y modestia á los que se habian opuesto á su eleccion, y en poco tiempo no hubo en el clero y en el pueblo mas que un solo sentimiento de admiracion hacia sus virtudes y talento. No omitió ningún medio para aumentar la piedad entre los fieles: exhortábalos al ayuno, á las vigiliias, á la oracion en comunidad, á la meditacion de las Santas Escrituras; y como se reunian muchas veces en la iglesia para pasar una buena parte de la noche, introdujo la costumbre de rezar ó de cantar los Salmos á coros, á fin de que se cansasen menos. Este uso de salmodiar alternativamente subia al origen del cristianismo, y estaba extendido por todo el Egipto y por la mayor parte del Oriente; pero algunas Iglesias no le habian adoptado aún, y hasta tuvo que justificar San Basilio esta innovacion en una carta dirigida á la Iglesia de Neocesarea. Algunos años mas adelante estableció San Ambrosio la misma práctica en Milán, de donde se propagó en seguida á todo el Occidente.

Lleno San Basilio de una tierna y activa caridad, se aplicaba á aliviar todas las desgracias. Consolaba con sus discursos ó sus car-

tas á las viudas y personas afligidas, visitaba á los pobres, atendía con solicitud á sus negocios ó á sus necesidades, los protegía ante los grandes y poderosos, y cuidaba de que los bienes dados para su sostenimiento no pudiesen distraerse de su objeto. Finalmente, mandó construir cerca de Cesarea un vasto hospital para recibir á los que no tenían asilo, á los forasteros, á los enfermos, y á todos los que necesitaban de auxilios, particularmente á los leprosos, que antes discurrían por la ciudad. Agregó á él un monasterio para que sirviera de retiro á los monges que vivían á su lado bajo su disciplina. Una sobrina suya gobernaba en Cesarea misma un monasterio de vírgenes, á quienes dirigía con sus instrucciones, y se ve por una carta escrita á una religiosa, llamada Teodora, que no se desdenaba de entrar en los mas pequeños pormenores para explicarles las prácticas y las reglas de la vida ascética. Su clero imitaba el ejemplo de los monges, y la mayor parte de sus eclesiásticos vivían en la pobreza y con el trabajo de sus manos. Así es que tomaba todas las precauciones para no admitir á órdenes sino á las personas mas dignas. Como muchos se adscribían al clero sólo por librarse del servicio militar, y los *corepiscopos* dejaban á los presbíteros de los pueblos la elección de los ministros inferiores, se apresuró á restablecer en su vigor la antigua disciplina. Escribió á los *corepiscopos* que le enviaran el catálogo de los ministros de cada pueblo con notas sobre cada uno de ellos; que observaran cuidadosamente sus costumbres: que se informaran de cuál había sido su conducta desde su juventud; que pusieran en la clase de los legos á los que resultasen indignos; que examinaran con la misma escrupulosa atención á los que se presentasen en lo sucesivo; y que no admitiesen á ninguno sin su consentimiento. Habiendo sabido que un sacerdote de setenta años tenía á su servicio una persona del otro sexo, le ordenó que la despidiese, añadiendo que si la conservaba á su lado, quedaría privado de ejercer sus funciones, y si intentaba ejercerlas, sería excomulgado con todos los que se atreviesen á comunicar con él. Un señor llamado Nectario, le recomendó un eclesiástico para un curato, y San Basilio le manifestó que á pesar de todos sus deseos de complacerle, no podía acceder á sus instancias; y que estando obligado á elegir á los sujetos mas dignos, debía también para conocerlos seguir las reglas establecidas por los cánones, á fin de no incurrir en la responsabilidad impuesta á los que se separan de ellos.

San Basilio extendía al mismo tiempo su solicitud hácia las otras Iglesias, mostrando sobre todo el mayor celo para poner un término á las divisiones que turbaban hácia tanto tiempo el Oriente. Para este efecto resolvió invocar la intervencion del Papa y de los occidentales, con la esperanza de que la autoridad de tantos obispos unidos á la Santa Sede serviría para confundir á los arrianos, ó los obligaría por lo menos á suspender sus violencias. Deseaba atraer tam-

bien á los occidentales al reconocimiento de San Melecio como obispo de Antioquia, á fin de reunir así los católicos divididos en Oriente por el cisma de esta Iglesia. Escribió á San Atanasio solicitando su mediación, y rogándole que diputara algunas personas al Occidente y que trabajara él mismo en la reunion de los ánimos, para lo cual era conveniente que admitiese en su comunión á Melecio y á otros obispos igualmente adictos á la fé ortodoxa. Doroteo, diácono del partido de Melecio, llevó las cartas de San Basilio, y fué recibido con bondad por San Atanasio, que le dió por adjunto á Pedro, uno de sus clérigos, para que llevara la respuesta y contribuyese á restablecer la union con las medidas mas propias. San Basilio, puesto de acuerdo con Melecio, escribió una carta al Papa Dámaso para reclamar su apoyo en favor de los católicos, y la entregó al diácono Doroteo con otra para San Atanasio, donde se encuentra un testimonio auténtico de la fé de los orientales respecto de la autoridad del Sumo Pontífice. "Nos ha parecido conveniente, dice el santo doctor, escribir al obispo de Roma para que tenga conocimiento de lo que pasa aquí y de su decision. Como es difícil que envíe pronto diputados en nombre de un concilio, es preciso que obre por su propia autoridad, y comisione hombres de su elección para corregir con dulzura, pero con firmeza, á los que no marchan por el camino recto." Añade que los diputados deberán traer consigo las actas de todo cuanto se ha hecho para anular la fórmula de Rimini, y que será igualmente necesario que condenen el error de Marcelo, de Ancira. "Porque no se ve, dice, que se hayan declarado jamas contra él, aunque pueda hacerse un cargo de que le admitieron en otro tiempo á la comunión por ignorancia de sus verdaderos sentimientos." No es extraño que San Basilio se exprese así respecto de Marcelo, de Ancira, cuya doctrina estaba muy desacreditada entre los orientales, y que le era sospechoso ademas porque no admitía mas que una sola hipótesis. Nótese en otra carta de San Basilio que condenaba á Paulino de Antioquia por este motivo, acusándole de que profesaba los errores de Marcelo, de Ancira. El diácono Doroteo marchó á Roma despues de ponerse de acuerdo con San Atanasio; pero su viage no tuvo el resultado que se esperaba, á lo menos en lo concerniente á Melecio. Sin embargo, vemos por diversos concilios celebrados hácia la misma época, que los occidentales desearon acudir en auxilio de las Iglesias de Oriente.

Habiendo congregado el Papa Dámaso en Roma, por el año 370, un concilio numeroso en que fueron excomulgados Ursacio y Valente, notificó esta sentencia en una carta sinodal á los obispos de Egipto, y sin duda á todos los demas, para levantar á los que habían caído en el arrianismo. San Atanasio, luego que recibió esta carta, reunió por su parte un concilio en Alejandría, en cuyo nombre escribió á las Iglesias de Africa para confirmarlas en la fé

de Nicea, y al Papa Dámaso para hacerle conocer al obispo arriano Auxencio, y manifestar su admiración de que no se le hubiese excomulgado al mismo tiempo que á Valente y Ursacio. Los obispos de Venecia y de la Galia hicieron representaciones semejantes, y al fin Auxencio y sus parciales fueron excomulgados en un nuevo concilio de noventa y tres prelados, celebrado en Roma al año siguiente. Este concilio dirigió á los obispos de Iliria una carta sinodal en que probaba la fé de Nicea, y en particular la divinidad del Espíritu Santo, por el consentimiento unánime de casi todas las Iglesias, esforzándose sobre todo en demostrar que no podía nadie prevalerse de lo que se habia hecho en Rimini por sorpresa ó por violencia, y exhortándolos á que ellos mismos manifestaran su ortodoxia con una declaracion solemne. Reunieronse, pues, de allí á poco tiempo, destituyeron á algunos obispos inficionados del arrianismo, y condenaron esta herejía, así como las de los macedonianos y sabelianos, por un decreto que enviaron á los obispos de la provincia de Asia. Valentiniano acompañó con él un rescripto, en que exhortaba á estos últimos á abrazar la fé de los occidentales, y á no abusar de la autoridad de su hermano para suscitar persecuciones contra los católicos. El decreto de los obispos de Iliria y la carta sinodal del concilio de Roma, fueron enviados también á los obispos de Capadocia y de las provincias de Oriente, y entregados á San Basilio á principios del año 372 por dos diáconos llamados Sabino y Doroteo, comisionados al efecto.

San Basilio se las comunicó inmediatamente á San Melecio, á San Eusebio, de Samosata, y á los otros obispos, que en número de ciento cuarenta y seis aprobaron las decisiones del concilio de Roma. Al mismo tiempo escribieron por medio del diácono Sabino una carta á los occidentales para pintarles la triste situacion de las Iglesias de Oriente, y conjurarlos á que enviasen en su auxilio una diputacion numerosa que pudiese tener la autoridad de un concilio, y que fuese mas capaz de remediar eficazmente sus males. San Basilio escribió varias cartas particulares para el mismo objeto.

Como los occidentales no se daban prisa á enviar la diputacion que se les pedia, los obispos de Oriente resolvieron escribirles de nuevo al año siguiente, reiterando la misma pretension y reclamando por su medio la proteccion de Valentiniano. Pero antes que se despachasen sus cartas, supo San Basilio por Evagrió, presbítero de Antioquia, que volvía entonces de Occidente, que allí se mostraban poco satisfechos de las cartas anteriores. Sintiólo vivamente, y se quejó de los occidentales con amargas expresiones, que pueden explicarse por la profunda pesadumbre que debia causarle en tales circunstancias una disidencia funesta, mucho mas no pudiendo, por la distancia á que se hallaba, conocer y juzgar perfectamente los motivos. Poco inclinado parecia á hacer nuevas gestiones, aunque Evagrió le exhortaba y le manifestaba en qué sentido se debía es-

cribir; sin embargo, á virtud de las representaciones de San Eusebio, de Samosata, convino con él y con los otros obispos en enviar por la primavera del año 374 al presbítero Doroteo á Occidente con las cartas que ya habia preparadas, y con otras nuevas, para exponer mas circunstanciadamente los estragos del arrianismo y las violencias ejercidas contra los católicos. Hacíase notar con especialidad que estas persecuciones impedían enviar obispos á Roma para concertarse con los occidentales como éstos deseaban. Esta gestion de los orientales no produjo mas fruto que las anteriores, y solo les proporcionó algunas cartas de consuelo que estaban muy lejos de corresponder á las miras de San Basilio, porque parecia que reconocian á Paulino como único obispo legítimo de Antioquia; y en efecto, no tardó el Papa Dámaso en declararse abiertamente á su favor y contra Melecio.

Aunque no nos queda mas que parte de las cartas que unos y otros se escribieron, bastan para dejar entrever las causas por qué fueron infructuosas todas las solicitudes de los orientales. Sábese en efecto que el cisma que dividia á la Iglesia de Antioquia, no dependia únicamente de cuestiones personales, sino de disidencias de opiniones muy manifestadas. El partido de Paulino, para desviarse igualmente de la doctrina y del lenguaje admitido por los arrianos, no queria reconocer mas que una sola hipóstasis en la Trinidad, y se servia de otra palabra griega para expresar la distincion de las tres Personas. El partido de Melecio, por el contrario, queria depolar mas claramente la realidad subsistente de las Personas divinas, y admitia en consecuencia tres hipóstasis. El concilio de Alejandria, celebrado despues de la muerte de Constancio, habia tratado de reunir los ánimos á pesar de esta diferencia de lenguaje, que no establecia ninguna diversidad de creencia en cuanto al fondo de la doctrina; pero no pudo conseguirlo. El partido de Paulino acusaba á los melecianos de arrianismo, y éstos por su parte imputaban á aquel los errores de Sabelio. Esta division no se habia concentrado en la Iglesia de Antioquia; San Basilio y la mayor parte de los orientales juzgaban necesario reconocer tres hipóstasis y expresar claramente con estas palabras la distincion real de las Personas divinas, á fin de quitar así á los arrianos el pretexto de que se valian para calumniar y perseguir á los católicos, acusándolos de sabelianismo. Por otro lado, los occidentales se mostraban muy prevenidos contra estas expresiones, porque los arrianos las habian consagrado para marcar una diferencia de naturaleza entre las Personas divinas, y miraban ademas el término de hipóstasis como sinónimo del de sustancia. Fuera de eso tenian prevenciones mas ó menos fundadas contra muchos de los obispos orientales, que por mucho tiempo parecia que habian hecho causa comun con los arrianos, particularmente contra San Melecio, á quien

habian consagrado ellos, y contra San Eusebio, de Samosata, que sin adoptar sus errores, habia pertenecido primitivamente á su comunión. Estas circunstancias, unidas á la adopcion de los términos de tres hipótesis, formaban una preocupacion funesta contra San Melecio y San Eusebio, de Samosata; y no es extraño que los occidentales manifestasen el deseo de conferenciar con ellos para cerciorarse de su doctrina antes de declararse en su favor. Pero como San Basilio y casi todos los católicos de Oriente, habian abrazado la comunión de dichos santos porque conocian mejor la pureza de su fé, creian tambien que debian insistir en exhortar á los occidentales á que tomasen el mismo partido; y el principal objeto de sus gestiones era en cierto modo que se reconociese á Melecio, porque comprendian perfectamente que no podia condenársele ó tenerle por sospechoso, sin condenar al mismo tiempo en la apariencia á todo el Oriente que estaba unido con él. Sin embargo, esta misma condicion impedia á los occidentales intervenir con mas eficacia en favor de las Iglesias de Oriente, y proporcionar á éstas, por medio de relaciones mas intimas y frecuentes, á lo menos el apoyo moral, cuya necesidad conocian para defenderse con mas autoridad de los perseguidores arianos.

Al fin en el año 372 llegó Valente á Antioquia, despues de haber ejercido todo género de violencia contra los obispos católicos del Asia menor; no tardó en expulsar á San Melecio, que desterrado por la tercera vez, se retiró á su patria cerca de Nicópolis en la Armenia, desde donde pudo mantener una correspondencia seguida con San Basilio. Con Paulino, obispo de los eustatianos, tuvieron miramiento sin duda por la poca importancia de su rebaño. Los católicos de la comunión de San Melecio, privados de sus Iglesias, se reunieron á pesar del rigor de la estacion á campo raso y en cuevas, y despues en las orillas del Orontes y en el campo de los ejercicios militares. En todas partes los persiguieron los soldados, y mataron y ahogaron á muchos. Alentaban su valor los presbíteros Flaviano y Diodoro, que aun siendo simples seglares, habian ostentado ya su celo por la fé en el reinado de Constancio: uno llegó á ser mas adelante obispo de Antioquia, y el otro de Tarso. Otros dos presbíteros, Juan y Esteban, que tambien fueron obispos en lo sucesivo, auxiliaban á los susodichos. Un monge ilustre por sus virtudes y milagros, no contribuyó menos eficazmente á afirmar á los católicos perseguidos. Lamábase San Afraates: era natural de Persia é hijo de padres nobles, y despues de abrazar el cristianismo habia abandonado su pais y retirádose á Edesa, y luego á Antioquia. A pesar de su lenguaje medio griego y medio bárbaro, estaba dotado de una elocuencia natural que desafiaba la habilidad de los mas afamados retóricos; así es que los grandes y los plebeyos buscaban á porfia su conversacion. Un dia vió Valente desde una galería de su palacio que dominaba el camino público, á un anciano

no vestido miserablemente y que caminaba con precipitacion. Díjéronle que era el solitario Afraates, que iba á toda prisa á la reunion de los católicos. “¿A dónde vas?” le gritó el emperador.— Voy á rogar por la prosperidad de nuestro reinado, respondió Afraates.—No te obliga tu regla, replicó Valente, á orar en secreto en tu celda?—Sí señor, repuso el santo anciano, cuando la Iglesia está en paz; pero en el dia del peligro todo cristiano debe pelear por la salvacion común. La doncella que vive encerrada en la casa de su padre, ¿se está quieta cuando la ve arder? Deja su retiro y corre á llevar agua á donde quiera que se ven llamas: eso es lo que yo hago hoy. Habeis prendido fuego á la casa de Dios, y nosotros corremos todos á apagarle.” Este lenguaje enérgico tapó la boca á Valente. Solo uno de sus enucos profirió mil imprecaciones contra el solitario; pero de allí á pocos instantes como fuese á cerciorarse si estaba caliente el baño del emperador, el vapor le causó vértigos, y cayó en el agua hirviendo, donde pereció. La noticia de este suceso se esparció por toda la ciudad, y asustado Valente no se atrevió á desterrar á Afraates como habia resuelto (1).

San Julián Sabas, monge del Osrhoenes, fué tambien á Antioquia, mientras residia allí Valente, para desmentir á los hereges que se jactaban de estar en su comunión. Hacia cuarenta años que vivia en el desierto, sin mas habitacion que una cueva, comiendo una vez á la semana y solamente pan negro ó higos secos: solia pasar á veces muchos dias seguidos expuesto á las inclemencias del cielo y ocupado en la oracion y en la contemplacion. Era San Julián el anacoreta mas célebre de la Siria, y la fama de su santidad y de sus milagros le habia atraido una multitud de discípulos. Cuando llegó á Antioquia se alojó cerca de la ciudad, al pié de una montaña, en una cueva donde se decia que San Pablo se escondiera en otro tiempo; pero al punto le acometió una violenta calentura, y como se alligieran los católicos, les dijo el santo: “No temas nada: si mi salud es necesaria, Dios me la restituirá.” En efecto, despues de haber orado un rato, se declaró un sudor abundante y desapareció la calentura. Desde entonces San Julián se presentó en público todos los dias, rodeado de los fieles con quienes confesaba la fé de Nicea, al paso que confirmaba sus discursos con prodigios. Entre otros, curó á la puerta de palacio á un mendigo paraltico de mucho tiempo atras, y á un señor llamado Julián como él, de cuya salud se desesperaba. Estas curaciones milagrosas que Teodoro refiere por declaracion de testigos oculares, cubrieron de confusion á los hereges, é hicieron fuerte impresion en el mismo emperador; pero en nada cambiaron sus inclinaciones.

No tardó en extenderse la persecucion á toda la Siria, la Palestina y las provincias inmediatas. Los obispos católicos fueron ar-

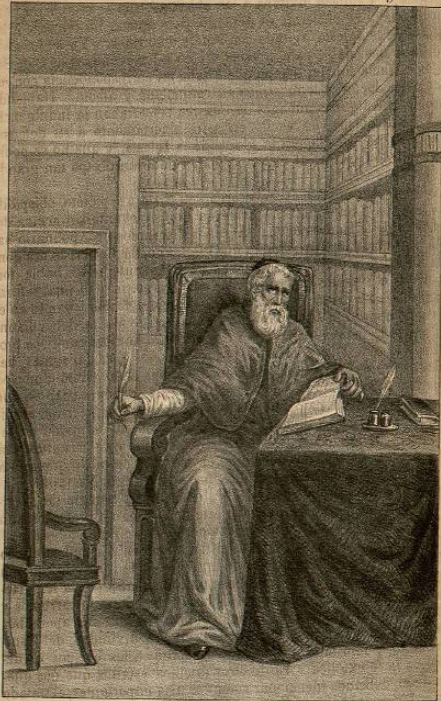
(1) Theodor. lib. IV.—Sozom. VI. δι' αναρ-IV δι' αναρ (1)
Tom. I. 53

rojados de sus sillas y condenados á destierro, é invadidas por los arianos sus Iglesias. San Cirilo, de Jerusalem, repuesto en tiempo de Juliano, habia sido ya expulsado de su Iglesia en virtud de las órdenes que Valente habia dado algunos años antes contra los obispos desterrados por Constancio. San Barso, obispo de Edesa en la Mesopotamia, fué confinado primero á la Fenicia, despues á Oxirrinco en Egipto, y por último al extremo de la Tebaida. En su lugar se puso un obispo ariano que se apoderó de todas las iglesias; pero los fieles, huyendo de la comunión de este intruso, celebraban sus juntas en el campo. Valente cuando fué á Edesa se irritó tanto, que llegó hasta á maltratar de obra al prefecto Modesto por no haber estorbado estas reuniones, y le mandó inmediatamente que las deshiciera á la fuerza. Modesto dió aviso secreto á los católicos, que no por eso dejaron de concurrir solícitos al lugar de sus juntas. Marchó, pues, contra ellos á la cabeza de numerosas tropas. En el camino encontró á una muger, que con un niño de la mano corría á reunirse con los católicos; y como le manifestase que iba á dispersarlos, y que tenia órden de no perdonar á ninguno, le respondió ella: "Ya lo sé, por eso me apresuro, por no perder esta ocasión de padecer el martirio, y quiero que este niño participe de la misma gloria." El prefecto volvió á palacio, y dió á entender al emperador, que era preciso ó dejar en paz á los católicos, ó resolverse á degollarlos á todos. Valente le ordenó que reuniera á los presbíteros y diáconos católicos: que los exhortara á comunicarse con el obispo ariano, y si no cedían, los desterrara á los confines del imperio. Todos se resistieron con valerosa firmeza, y en efecto fueron desterrados ochenta, que partieron juntos; pero los separados á causa de los obsequios que los pueblos les hacían al paso. Los dos principales, Buloigio y Protógenes, fueron relegados á Antinópolis, ciudad reducida de la Tebaida, en donde convirtieron á una multitud de idólatras (1).

Sin embargo, el Egipto se habia preservado de esta persecución general, y San Atanasio, aprovechando la tranquilidad que disfrutaba despues de tantas agitaciones, estaba visitando su rebaño; afirmaba á los fieles en la fé con sus instrucciones; relaba por la observancia de la disciplina; refutaba á los hereges en sus escritos, y se aplicaba con nuevo y mas ardiente celo á utilizar en bien de la Iglesia los últimos momentos de su gloriosa carrera. Escribió una carta circular á los obispos de la Siria y de las demás provincias del Oriente, para exhortarlos á que permanecieran firmes en medio de las persecuciones, declarándoles que trabajaba por su parte en mantener la pureza de la fé y de las costumbres en Egipto. Insistía mas particularmente sobre la divinidad del Espíritu Santo, á causa de la heregia de los macedonianos que hacia progresos en

(1) Theodor. lib. VI.—Sozom. lib. VI.





ST. ATANASIO PATRIARCA DE ALEJANDRIA

el Asia. También invitaba á los obispos á que se escribieran mutuamente, y se pusieran de acuerdo para aplicar un remedio á los males de la Iglesia, agitada con tantos disturbios. Ya se ha visto cómo se desvelaba para apoyar el celo y los esfuerzos de San Basilio. Hacia mucho tiempo que estaba en correspondencia con este ilustre doctor, y le mostraba su estimación y afecto. Habiendo sabido que algunos monjes de Cesarea censuraban la indulgencia del santo obispo, no vaciló en salir abiertamente á su defensa. Escribió que Basilio era la gloria de la Iglesia, y que no se podía bendecir lo bastante al Señor por haber dado un obispo tan grande á la Capadocia.

Hacia esta misma época escribió su carta á Epicteto, obispo de Corinto, para impugnar las heregias que se levantaban acerca del misterio de la Encarnación. Algunos discípulos de Apolinario habían enseñado en esta ciudad que el cuerpo de Jesucristo era consustancial á la divinidad, y que por consiguiente no se había formado en el seno de la Virgen, sino que era eterno y de una naturaleza diferente del cuerpo humano. Otras personas, dando en el extremo contrario, sostenían que Cristo, hijo de María, debía distinguirse de la persona del Verbo, que era puro hombre como los profetas, é hijo de Dios solamente por adopción. Estas disputas habían dado margen á una conferencia, cuyas actas envió el obispo Epicteto á San Atanasio. Respondióle éste en una carta, en que expone la doctrina católica con una energía y una precisión admirable. Prueba la realidad de la Encarnación, la divinidad de Jesucristo y la distinción de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la persona del Verbo encarnado; de modo que refuta de antemano los errores enseñados mas adelante por Nestorio y Eutiques. Compuso otros varios escritos contra la heregia de Apolinario; pero sin nombrarle, porque este herejarca no profesaba aún abiertamente los errores propagados por sus discípulos.

Al fin San Atanasio murió pacíficamente en Alejandría el año 373, despues de cuarenta y seis de un episcopado ilustrado con una serie continua de afanes apostólicos y de combates por la fé. Hemos dado ya á conocer sus principales obras contra los arrianos y contra los otros hereges, su tratado de los sinodos, sus apologias, sus cartas á los solitarios, sus escritos sobre la divinidad del Espíritu Santo, y una multitud de cartas escritas á los obispos en defensa de la fé católica. Entre otros muchos escritos que nos quedan de él, debemos mencionar como los mas importantes, el tratado contra los paganos y un discurso sobre la Encarnación, obras compuestas en su juventud; sin embargo de lo cual, se exponen con mucha energía y erudición las pruebas de la divinidad del cristianismo; otro tratado sobre la Encarnación contra los errores de Apolinario, cuatro discursos contra los arrianos, el libro sobre los decretos de Nicea, la apologia de San Dionisio de Alejandría, la vida de

San Antonio y un comentario sobre una parte de los Salmos, que hace sentir mucho la pérdida de las otras obras de este género que habia compuesto. Se han publicado tambien bajo el nombre de San Atanasio una porcion de escritos supuestos. El simbolo que se le atribuye, sin duda porque expresa con la exactitud mas rigurosa la doctrina católica sobre la Trinidad y la Encarnacion, se cree generalmente que es de Vigilio de Tapso, obispo africano del siglo VI, que tomaba el nombre de los antiguos Padres de la Iglesia, para dar mas autoridad á sus escritos. En las obras de San Atanasio se echa de ver una dialéctica fuerte y vigorosa, una grande precision de ideas y un profundo conocimiento de los misterios de la religion. Su estilo se resiente á veces de la agitacion de su vida, é indica ciertos deslices que denotan la precipitacion con que se compusieron aquellas; pero no deja por eso de abundar en bellezas que bastan para compensar el corto número de imperfecciones. Es claro, fácil, noble, fluente, variado y siempre proporcionado á la naturaleza del asunto: reúne la sencillez y la brillantez, la fuerza, la vehemencia, la sublimidad; en una palabra, todas las cualidades eminentes que constituyen á un gran escritor.

Consultado San Atanasio, antes de espirar, acerca de la eleccion de su sucesor, designó á Pedro, el fiel compañero de sus trabajos y de sus peligros, igualmente recomendable por su talento, sus virtudes y su experiencia. El clero y los fieles aplaudieron esta eleccion con unánimes aclamaciones. Muchos de los obispos inmediatos se reunieron para asistir á la ceremonia de su consagracion; y los monges abandonaron sus soledades con el objeto de concurrir tambien y tomar parte en el regocio comun. El nuevo patriarca escribió, segun la costumbre, al sumo Pontífice y á los obispos de las sillas principales; y conservamos aun la respuesta que le dió San Basilio. El Papa Dámaso se apresuró á enviarle letras de comunion por medio de un diácono.

Entre tanto, los arrianos cuyas esperanzas se habian reanimado con la muerte de Atanasio, escribieron á Valente, que por entonces se hallaba en Antioquia, y dió orden á Paladio, prefecto de Egipto, de arrojar á Pedro de su silla. El prefecto, que era pagano, se encaminó á la iglesia episcopal con una tropa de judíos y de idólatras; y mandó á Pedro salir si no queria que le echasen á la fuerza. Retiróse el patriarca, y al instante aquella multitud de infieles se precipitaron en la iglesia y cometieron las profanaciones mas horribles. Hicieron que un tírtero lleno de ateíes y vestido á manera de las bacantes, ejecutase bailes infames sobre el altar: otro completamente desnudo, subió á la cátedra episcopal como para predicar, y elogiando los vicios mas vergonzosos, profirió todo género de blasfemias y de expresiones deshonestas entre los aplausos de la plebe. Llévase la obscenidad hasta el punto de desnudar á algunas doncellas y pasearlas así por las calles. El patriarca Pedro escribió una

carta á los obispos católicos, señalando á su indignacion aquellas violencias odiosas, y se retiró á Roma donde residió cinco años.

En su lugar pusieron los arrianos en la silla de Alejandria á un tal Lúcio, de quien ya hemos hablado, y á quien habian pedido para obispo mucho tiempo hacia. Fué desde Antioquia acompañado del obispo arriano Euzoyo y del conde Magno, que llevaba el encargo de instalarle con una escolta de soldados. En el acto de ponerle en posesion de la Iglesia, gritaban los paganos á su presencia; "Bien venido seáis, obispo que no reconoceis á Jesucristo: el gran Serapis que os trae aquí, os colma de sus beneficios." El conde Magno desplegó toda su crueldad para obligar á los católicos á que comunicaran con Lúcio. Mandó azotar con varas á diez y nueve sacerdotes ó diáconos, algunos de los cuales tenian mas de ochenta años: despues hizo que los embarcaran para el destierro sin darles tiempo para tomar las cosas mas necesarias, ni avergonzarse de apremiarlos él mismo con espada en mano. Otras veintitres personas, la mayor parte monges, fueron azotadas y condenadas á las minas por haber dado señales de enternecerse á vista de aquel espectáculo. No se perdonó al diácono que habia llevado á Pedro las letras de comunion al Papa Dámaso. Los verdugos le arrastraron por las calles de la ciudad, hiriéndole con correjuelas cubiertas de plomo; y despues se le envió á trabajar á las minas. Hasta los niños eran puestos en el tormento: muchos murieron en él, y ni siquiera se permitió á sus padres enterrarlos: al contrario, eran sentenciados á muerte los que parecia que condenaban con sus lágrimas aquellas violencias. Poco tiempo despues cuando volvió Euzoyo á Antioquia, escribió Valente al prefecto de Egipto que persiguiese sin consideracion á los que profesaban la fé de Nicea, y condenase á destierro á todos los que Lúcio le indicara. Entonces se generalizó mas la persecucion: se atormentó de todos modos á los católicos de Alejandria; y las otras ciudades de la provincia experimentalon á poco las mismas violencias. Se arrojó de sus sillas, y se confinó á los lugares mas agrestes ó á poblaciones de infieles á un gran número de santos obispos, célebres algunos por sus padecimientos en defensa de la fé bajo el reinado de Constancio (1).

Lúcio se encarnizaba sobre todo con los monges, porque no ignoraba que su autoridad y su ejemplo contribuian poderosamente á mantener entre los fieles la aversion al arrianismo. El mismo los persiguió en lo interior de los desiertos al frente de sus soldados para dispersarlos á la fuerza, ó vencerlos si podia con malos tratamientos; pero como estos rigores no hicieron titubear su constante fé, aconsejó al duque de Egipto que desterrase á los principales de ellos, y sobre todo á los abades que los gobernaban. Entre los que entonces fueron condenados al destierro, se cita como los mas céle-

(1) Theodor. lib. IV.—Sozom. lib. VI.